

colección rúbrica



M.<sup>a</sup> VICTORIA PESET

AMAPOLA BLANCA

esstudio  
ediciones

## AÑO 1987

Amelia se quedó unos minutos sola, Josefa, su madre, no se iba a demorar ya que la panadería estaba en la misma calle. Había ido en busca de dos barras de pan para preparar unos bocadillos para el viaje. Su padre, Pascual, estaba sacando dinero del cajero, y las maletas estaban ya preparadas. Con once años continuaba sin gustarle el quedarse sola, aunque fuera un momento. Aquel dúplex era muy grande y su imaginación también. Se puso a adecuar un poco su habitación antes de que sus padres se presentaran. No quería empezar aquel corto viaje con quejas por dejar todo por el medio.

El timbre empezó a sonar, tal vez alguno de los dos había olvidado las llaves. Bajó corriendo al *hall*. Se quedó contemplando la pantalla del videoportero y vio a un hombre más bien joven. Llevaba una gorra oscura, debajo, asomaban unos largos cabellos negros y desaliñados. Le pareció de aspecto extraño, mientras el desconocido miraba a la pantalla esperando respuesta.

Volvió a escuchar el ruido estridente proveniente de la puerta de la calle y Amelia dio unos pasos hacia atrás. Su corazón empezó a latir con fuerza bajando en silencio las escaleras que la llevaban al salón. Inquieta y nerviosa se sentó en el sofá sin saber muy bien qué hacer. Empezaba a sentir mucho miedo, y deseaba que alguno de sus padres llegara de inmediato.

Percibió cómo el mismo tono se escuchaba también en los demás pisos, entre los otros vecinos, tal vez solo era publicidad.

Pero, por precaución, rogaba que aquel hombre no entrara en el portal. Al cabo de unos minutos, el ascensor se detenía en alguna planta comunitaria. Sus manos sudorosas se movían torpemente, Amelia no podía evitar estar cada vez más exaltada. Muy despacio, y sin hacer ruido, caminó de nuevo hacia el vestíbulo subiendo otra vez las escaleras. El timbre de la puerta repicó en dos ocasiones. Su corazón ahora la estaba bombardeando, hasta tal punto que pensaba que se iba a marear. Sin emitir el más mínimo sonido, se atrevió a observar por la mirilla. Allí estaba aquel tipo con una media sonrisa. Al verlo más de cerca se fijó en el gran lunar que resaltaba debajo de uno de sus ojos. Muy lentamente se apartó de la puerta, anhelaba con todas sus fuerzas que aquel desconocido se marchara de allí, su miedo era ya desenfrenado.

Se escucharon unas pisadas por las escaleras, sentía cómo sus piernas empezaban a temblar. Volvió a acercarse a la mirilla, el hombre de la gorra negra ya no estaba en su puerta. Amelia subió corriendo a su habitación, exhausta se sentó en el borde de su cama, pretendía recobrar la serenidad. Era una niña tímida, de piel clara con unos bellos ojos marrones. Adoraba a sus padres y con su corta edad sus progenitores sabían de su madurez.

Se quedó inmóvil unos minutos, mientras su respiración se suavizaba volviendo a la normalidad, pero entonces escuchó cómo la puerta se abría cerrándose a continuación de golpe. Sin poderlo remediar se puso a gritar.

—¡Amelia, Amelia! ¿Qué te pasa? —dijo su madre, mientras subía corriendo hacia la habitación.

—¡Uff, nada, mamá, nada! Han llamado al timbre, y al escuchar la puerta abrirse me he asustado.

—Tranquila, se habrán equivocado. ¡Venga! Ve terminando con la habitación, que tu padre debe de estar al caer, voy a preparar los bocatas.

Mientras todo volvía a la normalidad, la vecina de abajo subía y subía el volumen de la música. A Josefa siempre le molestaba mucho, en aquel momento incluso le pareció más fuerte que nunca, pero como se iban, no quiso entrar en discusiones y lo dejó pasar.

## DIEZ AÑOS DESPUES

Llovía en el cementerio de Vila-real. En la gran puerta de hierro negro forjado, Amelia bajaba del taxi, su expresión triste y su indumentaria hacía juego con aquel día, abarrotado de sentimientos, que desbordaba su corazón dolido. Se cogió de la mano de Angie, gran amiga y compañera de trabajo. Con los ojos hinchados desde el día anterior, abrió su paraguas. Los pocos asistentes la observaban en un silencio aplastante, contagiados por las circunstancias llenos de aflicción. Sus padres habían sufrido un terrible accidente. Al parecer tomaron una curva con demasiada velocidad y chocaron contra un camión al salirse de su trayectoria. El conductor nada pudo hacer, según contó a la policía. Cuando se dio cuenta los tenía encima, y ni siquiera pudo pisar el pedal del freno.

Detrás de los féretros de sus padres caminaba, llorosa y en silencio, mientras su amiga la sujetaba del brazo. La mente de Amelia, caprichosa ella, empezó a jugarle una mala pasada sin venir a cuento. Recordó el sueño que se le repetía desde hacía ya tantos años. El hombre de la gorra y su feo lunar sonreía aporreando su puerta; cada vez que le ocurría, aquel tipo, victorioso, la llamaba por su propio nombre esperando a que abriera... Sus vecinos, algunos amigos y amistades de sus padres intentaban acompañarla en aquellos duros momentos, pero ella solo sentía un gran vacío en su corazón.

Era hija única, su tía materna llevaba años sin hablar con su madre, al parecer discutieron por una tontería, pero el orgullo de ambas hizo todo lo demás. Amelia solo sabía que ya no vivía en el

pueblo, y ni tan siquiera tenía el teléfono para poderla avisar. Con la corta familia de su padre le pasaba algo similar; su único tío llevaba cinco años sin regresar a España. Era médico en un pequeño hospital de Uganda, allí se sintió realizado ayudando a gente de pocos recursos. Con el tiempo se enamoró perdidamente de una enfermera local, decidiendo instalarse para siempre. Con él sí pudo hablar, pero sus palabras de consuelo poco podían hacer, estaba demasiado lejos. Al final de la corta conversación, su tío le prometió visitarla aquel mismo año, tal vez para Navidad.

Amelia secaba sus ojos mientras Angie sujetaba el paraguas que las abrigaba a las dos. Besos en las mejillas y palabras de los asistentes que no alcanzaban su mente... Se sentía sola, muy sola. La victoria de la muerte sobre sus padres la había dejado rota.

Aquella noche en el dúplex reinaba el silencio, solo resonaban los sollozos entre aquellas paredes que tanto la conocían. Los recuerdos de sus padres estaban vivos por todos los rincones, y en todo momento creía seguir escuchando sus voces, nítidas, salpicando su nueva realidad. Ya en la madrugada, se despertó sobresaltada, no sabía el tiempo que llevaba dormida. De nuevo su mal sueño se reía de ella, visitándola como en tantas ocasiones. Cualquiera persona con el paso del tiempo se hubiera olvidado de aquel rostro con gorra, pero ella seguía sin poder conseguirlo. Estaba arrepentida de no haber dicho que sí al ofrecimiento de Angie, insistió mucho con acompañarla por lo menos en aquella noche después del funeral.

No le hizo ningún bien recordar aquellas breves vacaciones con sus padres. A su vuelta, se enteraron, al encontrarse en el portal con su vecino Carlos, que Andrea, la vecina de abajo, había sido asesinada el mismo día que ellos partieron. Pascual y Josefa entendían el ataque de pánico de su niña, ellos mismos estaban aterrados, pero lo

que sus padres no sabían era que su hija sabía muy bien quién lo hizo. Después de diez años recordaba a la perfección cómo les explicó lo sucedido, la canción que sonaba a todo volumen en el piso de abajo, y cómo la vecina, entretanto, era asfixiada con una bolsa de basura. Apenas una semana tardaron en dar con el asesino, después de aquella magnífica descripción de la niña, con solo once años, acompañada de su atemorizada familia...

Al día siguiente Amelia se despertó muy cansada. La noche había sido demasiada larga. Los consejos de sus progenitores le llegaban en ese momento como si fueran completamente reales; sus voces cristalinas no aplacaban aquel corazón triste, se sentía derrumbada y tremendamente sola. Tal vez la idea que iba cobrando vida en su interior sería la más acertada. Pensaba recoger y llevarse todo lo que pudiera oler a su hogar, visualmente, y también aquellos recuerdos que formaban parte de sus raíces e identidad. ¡Pero lo mejor sería salir de allí! Aquella casa era demasiado grande para ella y costosa de soportar. Debía comprar un pequeño piso, con la venta del dúplex y los ahorros familiares. Incluso podría abrir un pequeño restaurante, esa era su mayor ilusión, ya que había cursado distintos cursos de cocina profesional y se le daba muy bien.